

HUGO LINDO

NO ESTAN LOS QUE SON...

CON POCO MÁS DE 230 PÁGINAS impresas a mimeógrafo, ha llegado el fascículo sobre Chile, del *Diccionario de la literatura latinoamericana* que prepara el Departamento de Letras de la Unión Panamericana, con sede en Washington. Este Diccionario cuenta con la asesoría y colaboración de distinguidos especialistas del Continente, y el tomo a que hoy nos referimos es sólo una edición provisional, realizada para pulsar opiniones, recibir sugerencias y asegurar una calidad más depurada de la obra definitiva.

El fascículo se limita a consignar nombres de autores, lo cual es un índice claro de que no corresponde al plan total de la obra, dado que ésta, según anota el Dr. Armando Correia Pacheco en la *Introducción*, "no se limita exclusivamente a personalidades; comprende, además, asuntos: panoramas de la literatura de cada país, corrientes literarias, revistas y periódicos, y sociedades dedicadas a las letras". Es de entenderse que también títulos, y que cuando el proyecto llegue a su realización total, encontraremos —como debe ser— en orden alfabético, mezclado el título de una novela venezolana con el nombre de un poeta argentino, de un crítico chileno, de una sociedad literaria centroamericana. De otro modo, mal podría llamarse *Diccionario de literatura*. Habría de ser "de literatos". Conviene tener esto en consideración, por cuanto las opiniones que ahora se emitan han de ajustarse a esta realidad. Tratarán, por ende, de cooperar a un mejor logro de algo que todavía está en agraz. Por estas consideraciones, en vez de referirnos a lo que el fascículo contiene, queremos señalar lo que a nuestro parecer le falta, ya que algunos escritores han tratado de lo primero.

Bien sabemos, por propia experiencia, lo poco aficionados a contestar cartas que suelen ser los escritores de nuestro continente. En la introducción que firma el mencionado Dr. Correia Pacheco, jefe de la Sección de Letras

de la Unión Panamericana, señala cómo más de 2.000 circulares que remitió en solicitud de datos biográficos, bibliográficos y críticos, sólo fueron respondidas en toda la extensión de nuestro mapa, 634. Poco más de la cuarta parte. Este detalle explicará, sin duda, gran parte de las dificultades con que los organizadores se han encontrado para realizar su tarea; pero acaso no baste para justificar algunas de las omisiones que aquí dejaremos puntualizadas.

Para anotar una serie de nombres que no aparecen consignados en el volumen de mérito, nos atendremos a los criterios mismos que han servido de guía a los recopiladores de los datos, y en especial, a este párrafo, de la Introducción: "El propósito, en ese sentido, es incluir no sólo a escritores ya consagrados (p. ej. Alfonso Reyes, Pablo Neruda, Erico Verissimo, etc.), sino también a otros que empiezan a destacarse. Como en los casos anteriores, el punto de vista, a este respecto, tiene que ser igualmente selectivo, en función del valor intrínseco de la obra de cada autor".

De tal guisa, procurando no apartarnos de la intención de los autores, vamos anotando aquí . . .

Carmen de Alonso, excelente cuentista, de estilo puro y vigoroso, autora de . . . *Y había luz de estrella* y de diversos tomos de narraciones infantiles, amerita sobradamente una mención

Braulio Arenas, el poeta surrealista que junto con otros de valía, agitaran la inquietud literaria de hace algunos años con el grupo que se llamó *Mandrágora*, ¿cómo pudo haberse escapado del recuento?

¿Y cómo pudo también quedarse dentro del tintero, el nombre de este finísimo poeta americano que es Julio Barrenechea? Sus obras completas, en reconocimiento de la dimensión continental de su poesía, acaban de ser publicadas por la Casa de la Cultura, en Quito, Ecuador. La nombradía de Barrenechea no es de última hora.

Don Luis David Cruz Ocampo, auténtico humanista que por varios años ejerciera con ejemplar seriedad la crítica literaria, desde las páginas de *Atenea*, se halla también ausente del fascículo.

El político y novelista Baltazar Castro, autor de varias obras entre las cuales descuella *Mi camarada padre* . . .

Coke, el extraordinario caricaturista, ha incursionado un par de veces en la comarca literaria, con obras humorísticas de gran éxito: *Yo soy tú*, que recibió amplios y abundantes elogios de la crítica, y *Kundalini, el caballo fatídico*, de menor fortuna. Consideramos que el nombre de Jorge Délano F.

tiene, al menos, tanto derecho a ser tomado en cuenta, como otros que sí aparecen.

Crítico de vasta erudición es el R. P. don Alfonso M. Escudero. Habría que incluirlo.

En la letra G nos hallamos con que faltan: Lautaro García, Premio Nacional de Teatro, cuya obra es de gran consideración tanto por su calidad como por su cuantía, y el novelista Nicomedes Guzmán, dueño de poderosos recursos expresivos y de una obra de ya grande latitud.

Recorriendo el alfabeto nos hallamos con que tampoco aparece el nombre de Juan de Luigi, crítico marxista de muy amplia cultura y de vibrante estilo, cuya obra en el género ha sido copiosa.

Henriette Morvan, autora, entre otras obras, de la novela *Boomerang*, tiene una excelente calidad narrativa y un estilo eficaz.

Dos o tres tomos de poesía, más alquitarados que lo frecuente, débense a la pluma de Mila Oyarzún.

Un auténtico humanista de Valparaíso, traductor de la *Eneida*, fue también cuentista de refinada ironía, y crítico de letras. Habría de consignar, pues, el nombre de don Egidio Poblete.

¿Y cómo es posible que no aparezca señalado el de Nicanor Parra? Sus *Poemas y antipoemas* merecieron el Premio Municipal de Santiago hace ya varios años, y sus modalidades expresivas han dado lugar a muchos comentarios favorables y adversos. No se le puede pasar por alto.

Cuentista de aguda observación psicológica y de idioma certero, es Abraham Pimstein, cuyos relatos pueden hallarse en diversas publicaciones.

Gonzalo Rojas es poeta de nombradía, y su obra no es tan reciente que no haya podido ser conocida: como que viene produciendo desde los días de la *Mandrágora* que hoy se identifica con el nombre de Braulio Arenas.

Roque Esteban Scarpa, además de su labor docente y de sus libros de recopilaciones literarias con fines pedagógicos, tiene una producción lírica de alta dignidad.

Hace más de veinte años leímos una novela chilena que mucho nos impresionó: *Hijuna*. Su autor es Sepúlveda Leyton, sobre quien infructuosamente quisimos informarnos en el fascículo que se comenta.

Hasta aquí nos hemos reducido a críticos, narradores y poetas de ya establecida fama. A gentes cuya labor, por razones de tiempo, ha trascendido ya en amplia forma. Pero aun dentro de criterios exigentes, un Diccionario de esta naturaleza no puede prescindir de los escritores más nuevos cuya

personalidad se encuentra ya claramente perfilada. Y casi ninguno de ellos aparece.

Hay la llamada "Generación del 50", y su categoría se impone al considerar que en los dos Encuentros de Escritores celebrados bajo los auspicios de la Universidad de Concepción, el primero en dicha ciudad y el segundo en Chillán, hombres jóvenes, de esa generación, han confrontado con lucidez sus vivencias y juicios, frente a los juicios y vivencias de las anteriores.

Por eso señalamos la omisión de Armando Cassigoli, cuyos cuentos dejan siempre un agridulce escozor; de Carlos René Correa, poeta y crítico; de José Donoso, cuya novela *Coronación* tiene en la narrativa chilena el valor de un hallazgo; de Alfonso Echeverría, autor de *La vacilación del tiempo*; de Mario Espinoza, crítico y poeta; de Mario Ferrero, que acaba de incrementar su acervo poético con el libro *Cuarta dimensión*; de Claudio Giacconi, cuya *Difícil juventud* va por la segunda edición y es un libro de autenticidad indiscutible; de Enrique Lafourcade, que sólo aparece citado en la bibliografía, como recopilador de cuentos chilenos, y que no se consigna como autor de cuatro novelas: *El libro de Kareen*, *Asedio*, *Pena de muerte* y *Para subir al cielo...*, salida de prensas hace poco. Faltan, además, ese extraordinario cuentista de Valparaíso que se llama Carlos León, cuyo solo relato *Cortesía* sería más que bastante para acreditarlo, si no hubiese publicado ya dos libros de narraciones; de Jaime Laso, también narrador de categoría; de los profesores de literatura de la Universidad de Concepción, y críticos literarios, Alfredo Lefebvre y Juan Loveluck; del escritor Alejandro Magnet, cuya obra no es sólo la de periodismo político, pues tiene dos novelas a su haber; del cuentista Herbert Müller; de la novelista Marta Elba Miranda, que en 1943 publicó *Aposentos de brujas*, y en 1954 *La heredad*; de las poetisas Eliana Navarro y Francisca Ossandón; de Hernán Poblete Varas, autor de *Misión en el Pacífico* y crítico literario de "La Discusión" de Chillán; de José Manuel Vergara, cuya novela *Daniel y los leones dorados* recibiera los más preciados galardones; de José Miguel Vicuña...

No pretendemos, ni con mucho, agotar aquí la lista de omisiones que deben ser suplidas. Estamos ciertos de haber consignado sólo nombres de escritores que merecen aparecer en las páginas del Diccionario. Pero también estamos ciertos de que ni en el fascículo comentado, ni en este mismo comentario, "están todos los que son..."

Observación última: la mayoría de los autores citados han sido colaboradores, habituales o esporádicos, de la revista *Atenea*. Una revisión metó-

dica de las colecciones que ha de haber en Washington, y particularmente del número destinado a los Encuentros de Escritores, sería de gran utilidad para el Diccionario. Parece que no se hizo, a pesar de que la misma Sección de Letras de la Unión Panamericana publicó, no ha mucho, un índice de la revista.

Ojalá que estos apuntes, que deliberadamente se quedan al margen de algunos temas que el fascículo suscita, rindan algún servicio al Departamento de Letras de la Unión Panamericana. Con tal propósito se hicieron, atendiendo a una gentil petición del doctor Juan Marín.